

**XII**

**Heráclito veía en la guerra**  
**(en la *polemos*),**  
**en el gruñir de las tácticas,**  
**el principio fundamental,**  
**el secreto dicho a voces por el chisporroteo**  
**de la vida y de la historia...**  
**El mismo fuego no era**  
**-como un álgebra en llamas-**  
**sino una representación teatral de la conflagración eterna,**  
**la lucha sin cuartel**  
**-sin descanso,**  
**sin arrepentimiento,**  
**sin el oportunismo de lo tibio-**  
**de unas flamas contra otras**  
**-espadas y puñales**  
**que se limitaban a durar**  
**lo que duraba su tajo.**

**La esperanza**  
**(la paz,**  
**el armisticio de la ceniza,**  
**la subversión de los epitafios)**  
**no era sino el punto y seguido**  
**de una tregua,**  
**el dormir y despertar**  
**del dragón infinito.**



**con el *Amor*:**  
**cierto es que la sombra,**  
**al ver cansada a la luz**  
**-como cuando una luciérnaga se prepara**  
**para dormir-**  
**está dispuesta a lanzar su zarpazo negro**  
**y poner a los pies de la noche**  
**toda la ciudad de Agrigento.**  
**Pero también es verdad que la luz,**  
**cuando siente que la sombra se descuida,**  
**la arroja a empellones de su sitio**  
**y la obliga a esconderse debajo de los árboles.**

## XIV

La perfección,  
puntillosa,  
consciente de decir la última palabra  
en todos lados,  
no gusta de hospedarse,  
encarnar  
o reencarnar  
donde sea.  
Pero tal vez le agrade hacerlo  
en alguna de las figuras  
de la juguetería fantástica  
de la geometría.  
Pero no donde sea.  
Ni en un punto.  
Ni en una línea.  
Ni en una curva.  
Ni siquiera en un círculo  
donde un sinnúmero  
de puntos  
ligeramente curvos  
se toman  
de la mano.  
Pero es muy posible  
que se halle a sus anchas  
en la *circunferencia*  
donde nada está fuera de su sitio  
y que, a lo que se dice,  
fue el juguete amado  
-junto con el seno de su madre-  
con que mataba el tiempo  
Zeus niño.  
Por eso Empédocles  
-bañándose sin cesar  
en el inmóvil río  
de Parménides-

**pensaba que todo viene de una esfera,  
se entretiene en el aquí y en el ahora de unos puntos suspensivos,  
y tiende a desembocar otra vez  
en una esfera.**

**Pensaba que la perfección,  
el orden primigenio,  
la cachonda relación entre los entes,  
fue destruida a manotazos  
por el *Odio*.**

**Opinaba  
que hoy por hoy,  
en lo actual,  
que está siempre prendido de alfileres,  
vivimos ante todo  
bajo el signo  
de la *Discordia*,  
donde todo se entrega  
a luchar entre sí  
a puño y corazón  
cerrados.**

**No sólo están en guerra  
las cosas, los hombres y las tesis y antítesis  
de cualquier controversia cotidiana,  
también lo están los dioses  
que no pueden ocultar de común  
las manchas de sangre divina  
asentadas en sus manos  
y sus ademanes.**

## XV

La imagen que el agrigentino  
se hacía del cosmos  
-la tierra en el centro  
y un circuito de soles y de astros  
como periferia en llamas-  
revelaba su morbosa inclinación por las esferas,  
que, a diferencia de los cuadriláteros  
y los paralelepípedos,  
son siempre acariciables.

Para él , una esfera no sólo encarnaba  
la más fina alhaja de la geometría,  
sino la criatura que conciben,  
en su molde, las manos  
que se acoplan.  
El cosmos actual era sólo un recuerdo,  
una caricatura,  
un simulacro  
de la esfera inicial,  
y un avance,  
un sueño,  
un futuro ganado por el día  
de la esfera final.

En el principio, no era el verbo,  
ni la luz,  
ni el tiempo,  
ni el espacio,  
ni las aguas o el aire,  
ni los dioses con las manos  
chorreantes de portentos;  
en el principio  
no era sino ese ícono de la perfección  
que es una esfera.

## XVI

**Cuando en medio de las mudanzas,  
se piensa que las cuatro raíces  
nunca serán llevados al cadalso  
de su propia agonía  
-ya que son tímpanos de ser,  
pedestales de lo efímero,  
islotos en que vive la excepción  
de la salada regla circundante-,  
el río de Heráclito,  
con millares de herreros armoniosos  
transformando los verbos en gerundios,  
se halla infestado, como líquida red,  
de intemporales peces escapados  
del acuario de Elea.**

**Al ser testigo del desdén  
de las raíces por el tiempo,  
Empédocles insinuaba  
que la cuna y el ataúd son artefactos  
que sólo deben ser exhibidos  
en el museo de lo imposible.**

**Todo cambia, menos las *raíces*.  
Pedazuelos de eternidad, en ellas  
el tiempo es arrojado por la borda  
y el pulso nunca deja de cantar su partitura.**

## XVII

Por ignorar la muerte  
y tutearse con la misma eternidad,  
las *rizómata* fueron asimiladas  
con los dioses.

La inquisición filosófica  
del numen de Agrigento  
quedó convertida en un capítulo  
de la mitología.  
Zeus era el fuego,  
Hera, la tierra,  
Hades, el éter  
Y Nestis, el agua.

Pero ¿qué significa esta apoteosis de los cimientos  
o esta divinización de las *raíces*?  
¿Era el deseo de presentar  
con el culterano ropaje de la oratoria  
los andares del cosmos,  
sus ires y venires circulares  
que quebraban el cascarón de su escondite  
y se ponían a gritar a todo pulmón  
la verdad de los entes?

Empédocles, que se pasaba  
horas y más horas  
ante el ojo de cerradura  
de lo hermético,  
que conoció el culto órfico  
y supo de la metempsicosis  
y su transmigración de deseos,  
¿podía creer en esas grotescas criaturas  
de la imaginación  
creadas en la fábrica de dioses  
de los templos?

Hasta hablaba en ocasiones  
de que las mismas deidades  
eran criaturas de las *raíces*,  
en algo así como una mezcla inusitada de ellas,  
realización de una receta  
única,  
sublime,  
que la audacia  
puso en manos de Afrodita  
y Afrodita en los atroces dedos  
de las Parcas.  
Pero ¿creía en verdad que los dioses,  
nacidos de la *tierra*,  
contagiados de energía por el *sol*,  
regados por la *lluvia*  
y templados por los *vientos*,  
eran el frondaje arbóreo,  
originado en las *raíces*,  
que creció hasta ocupar el cielo entero  
y tener a sus pies, bajo su arbitrio,  
toda suerte de bestias y de humanos  
que cargan a su espalda  
la aritmética joroba  
de sus muy personales  
duraciones?

O es que Empédocles,  
al tomarle el pulso a los árboles,  
al hincarse de rodillas ante los grandes silencios,  
al acompañar con su cítara  
el fragor de las cascadas  
o al escuchar las canciones de cuna  
con los que la noche acierta a adormecer el día,  
¿oía palpitar en todas partes  
el sagrado corazón de la materia?

## XVIII

Se sabe que, con excepción del corazón,  
la parte siempre es menor que el todo,  
como los suspiros  
en que se fragmenta el aire;  
que, con excepción del colibrí,  
no se puede estar en dos partes al mismo tiempo,  
y que, con excepción del coito,  
las paralelas, pudorosas, jamás  
se tocan en algún punto creado  
por la loca de la casa.  
Se sabe.

Pero el andrógino es la negación de los contrarios,  
derrame cerebral de la lógica,  
bodas de carne  
sin ni siquiera el divorcio imaginario  
de la separación momentánea.

No es, no, la falsa y efímera  
unidad del ósculo  
—con promesas de saliva  
de una vida en común.  
No. Es simplemente un *andrógino*,  
un círculo perfecto,  
una manzana  
en la que sólo la *Discordia*  
puede hincar el diente.

El hermafrodita no sabe nada de besos.  
Nunca, a decir verdad, ha escuchado  
los rumores, que a veces se oyen en los jardines,  
nacidos de esos puntos turbulentos del espacio  
ganados por la libido.  
No ha oído hablar de nada semejante.  
Sí ha visto al unicornio

aproximar su hocico al de otro unicornio  
que emergía, esculpido por la sed,  
en la corriente de agua,  
pero *tal* no se llama beso.  
Sí ha visto cómo el pico de una madre pájara  
pone unos gránulos de cielo  
en el pico color de rosa de sus crías.  
Pero *eso* tiene otro nombre.  
La piel ajena nunca le ha robado el sueño,  
ni jamás ha creído ver en el insomnio  
-como los enamorados en pie de angustia-  
un ansia,  
un ponerse las sandalias,  
un salir presuroso sin importar la hora  
para ir en pos de la carne  
envuelta en el vestido indomeñable  
del desdén.  
Eso, nunca.

Ahí, en sus litorales,  
en su compacta carne,  
el deseo brilla por su ausencia:  
el estómago no mira de reojo los riñones,  
el páncreas los intestinos,  
ni tampoco el corazón  
cualquiera de los otros  
órganos internos.  
Para este ser, el orgasmo,  
la sublime unidad de los opuestos,  
era el único episodio inverosímil  
de las leyendas.  
Su entidad  
-custodiada por una epidermis  
que deja el infinito  
fuera de ella-  
es total,  
redonda como el solo de una lágrima,  
sin un poro  
-por el que pudiera escapar  
un suspiro.

¿Que una de sus manos puede hacer el amor  
con la otra?

¿Qué él es un narciso realizado  
sin la intermediación  
del agua parmenídea del espejo?

¿Qué sus ojos suelen darse cita  
en el punto del espacio en que coinciden  
sus miradas?

Tal vez. Pero en el fondo  
carece de fisuras  
y resulta impenetrable  
a las sutiles violaciones  
de los alfileres.

Es simplemente un andrógino.

Una unidad total, inconsútil,  
sin la inquietud centrífuga del deseo.

Criatura destinada  
a ser resquebrajada por el *Odio*  
y a engendrar, con los géneros,  
las dos formas vivientes esenciales  
de la nostalgia.

**XIX**

**En el firmamento  
no hay el menor rastro  
de cosas divinas  
-ni siquiera mendrugos de bienaventuranza.  
Como lo hacen las estrellas  
que aún vislumbramos  
pero ya han fenecido,  
sepultadas en el hoyo negro  
de su pasado en llamas,  
lo sobrenatural brilla, sí, por su ausencia  
en alto cielo.**

**Mas un día, muchos calendarios ha,  
todo cambió de repente:  
Zeus añadió a sus propiedades y caprichos  
la atmósfera completa.  
Mandó cercar el punto del espacio  
donde instaló su puesto de vigilancia.  
Recorrió mentalmente  
su juguetería fantástica de portentos.  
Sacó a codazos las nubes,  
se colocó en su lugar, blandió sus rayos,  
los empapó en la ponzoña de la buena puntería  
y los arrojó, ay,  
sobre todos los andróginos  
que merodeaban  
por aquí y por allá en el mundo primigenio,  
como criaturas satisfechas,  
dichosas,  
redondas casi,  
hechas bajo el modelo del círculo vicioso.**

**Ay los hermafroditas:  
las tetillas del hombre,  
el clítoris y sus erecciones subterráneas,**

la masturbación frente a un espejo,  
 Narciso chapoteando al centro de sus perversiones,  
 son *polvos* de aquellos lodos.  
 Ay los hermafroditas.

La *Discordia* dio a luz lo diverso,  
 pero no la indiferencia  
 o la frialdad:  
 la escisión de los andróginos  
 no fue como si se resquebrajara  
 el universo mundo  
 y quedara de un lado el polo norte  
 y del otro el polo sur.  
 No. Tras el zarpazo,  
 cada sexo extraña al otro,  
 cálidamente,  
 con un hueco infinito en el estómago.  
 Sabe que, tas los paños interiores del pudor,  
 se encuentra la ambrosía  
 de la media naranja.

La gestación de géneros  
 fue la creación de células  
 nostálgicas,  
 tacto fuera de sí,  
 deseo que no se anega en ningún mar de dudas  
 a la hora de ejercer la piratería  
 de lo vedado.

Ay los hermafroditas.  
 Divididos, se buscan  
 en todos los arrabales de lo fortuito,  
 en el estallar de pólvora de lo inesperado,  
 o a la vuelta de la esquina  
 de la sorpresa.

El *Odio*, pues, creó los sexos.  
 Colocó la antítesis  
 en moldes contrapuestos de carne solitaria  
 y voluptuosa.

**Desgarró la unidad hermafrodita  
y le dio a la diferencia la palabra.**

## XX

Aristóteles reprochó a Empédocles  
 que, en sus escritos, la *Amistad*  
 -normalmente encargada  
 de enterrarle puñales al espacio  
 que divide los cuerpos-  
 es a veces la causa de la separación...  
 y la *Discordia* –generalmente dedicada  
 a servir de sepulturero que hecha polvo antiguo  
 al polvo que se inicia-  
 es en otras ocasiones la causa de la unidad.  
 Eso le reprochó.

*Pensemos en el Amor  
 y en Helena de Troya.  
 Por una vez la idea platónica de lo bello  
 no salió victoriosa en los juegos florales  
 del espíritu, cuando entró en competencia  
 con esta mujer.*

*Espejo de Afrodita,  
 escultura dada a luz  
 por no se sabe qué manos perfectas;  
 cuerpo que, desnudo,  
 sin la retórica de traje  
 y sin la verde reticencia de la hoja de parra,  
 habla de una de las reencarnaciones  
 de lo insuperable.  
 Y si es verdad que ella  
 llenó el cuerpo de Paris  
 con los blancos brochazos de su entrega,  
 su acto,  
 su intercambiarse líneas fronterizas  
 bajo los aleteos de sábanas oscuras,  
 separó a los aqueos de los troyanos  
 e hizo que Ares  
 quitara fundas y pusiera filos en todas las espadas,*

*y soltara las riendas  
de los caballos,  
de las temeridades  
y de la sangre.*

*Pensemos ahora en el gigante Anteo.  
Malhumorado y belicoso,  
llegaba con mayor prontitud  
a las manos que al cerebro.  
Azuzado por la Discordia,  
no se contentaba con el gruñir  
de sus músculos  
o los secretes de su bilis  
con su sangre,  
sino que se lanzaba a propinar puñetazos,  
mordidas y patadas.  
Pero se dejaba llevar por la ira  
y por un hígado de pocos amigos,  
no porque sus músculos  
hubieran recibido buena enseñanza militar,  
que su fuerza física  
estuviera a la altura de su enojo  
o que una estrategia innata  
le injertase neuronas a sus puños.  
El secreto de su valentía  
-o más bien temeridad, porque llevaba  
amordazado el riesgo-  
residía en que,  
cuando su contrincante  
-como era lo común- lo derrotaba  
arrojándolo al piso,  
para hacerlo morder la lona  
de su propio fracaso,  
la tierra, su madre,  
le pasaba, amorosa, de nuevo la energía,  
la sangre turbulenta, el vigor resurrecto,  
y él, al ponerse de pie,  
otra vez se encontraba en pie de guerra,  
pasándole revista a sus enojos,  
felicitando a sus puños*

*y sabiendo que el camino hacia el Amor  
es la Discordia.*

## XXI

Las voces de mando  
que ordenan hacer o deshacer  
las cosas, los animales o los hombres,  
no brotan del *fatum*  
-que tiene ideas fijas, palabras congeladas,  
decisiones inexorables.  
Decisiones en que dar marcha atrás,  
mirar-hacia-la-espalda del arrepentimiento  
o meterle reversa al devenir,  
son el primer mandamiento  
de lo imposible.

No brotan tampoco de una mente superior  
que lo mismo haría el rompecabezas del crepúsculo,  
el diseño detallista de la célula  
o el programa para que el mar exista,  
como también la férrea dictadura de las leyes,  
esas máximas sin borrador  
escritas en el cosmos,  
o espirituales ocurrencias  
en la materia azul del cerebro de cerebros.

El principio príncipe,  
el principio al que obedecían, en sus avatares,  
las raíces, el Amor y el Odio,  
era lo fortuito,  
lo contingente,  
lo que si bien existía  
--y su libro de recuerdos infantiles  
comenzaba con el sabor  
del oxígeno-  
podría no ser,  
o ser de otra manera,  
como una más de las reencarnaciones de lo imprevisto.

**Era lo inesperado,  
el *de repente* en algún lugar del universo,  
lo casual que le mete zancadillas a la lógica  
y flirtea descaradamente con el caos.**

**Ante esa dictadura de lo casual,  
hay separaciones y fusiones injustas o inquietantes,  
monstruos de ternura indecible  
o sílfides leprosas,  
porque el azar  
es el que lleva las riendas:  
en una mano la cuadriga de raíces  
y en la otra el servil duunvirato  
de la *Concordia* y la *Discordia*.**

**Pero un mundo donde reina el azar  
no tiene ni pies ni cabeza,  
ni cabeza ni pies que le permitan  
pensar y hacer camino.  
Es como el mar,  
en que va a la deriva lo arbitrario  
y flota un sinsentido  
que desconoce el reposo,  
y en que él mismo recorre los salados  
cuatro puntos cardinales,  
inventándose,  
rompiendo sin cesar con sus rutas y propósitos  
y arrojándose a un arrepentimiento de burbujas  
o a un estallido espumoso de contradicciones.**

### III. EL AZAR Y OTROS MONSTRUOS

#### I

El azar diseñó,  
cuando el cosmos daba sus primeros pasos,  
*cabezas* de tamaño normal,  
como dadas a luz  
en algún cadalso  
y cuyo cordón umbilical se identificaba  
con el sangriento filo de la guillotina.  
Cabezas comunes y corrientes,  
pero sin tronco, brazos ni piernas,  
cuya preocupación permanente  
era cómo diablos caminar.

Habían divisado, sí,  
la forma que tienen de deambular en el planeta  
las uvas, las naranjas  
o las pelotas;  
hicieron cálculos en sus redondas entrañas  
y decidieron que la mejor manera de trasladarse,  
asistir puntualmente a una cita,  
decirle al tiempo que también existe el espacio,  
o correr para no llegar tarde al crepúsculo,  
era rodar a la buena de Dios  
o a la mala de sí mismo.

Pero era una manera incómoda de locomoción.  
Porque cuántas veces, cuántas, al hacerlo  
se les llenaban los ojos de lágrimas sucias,  
las orejas de alaridos de larvas infelices,  
la nariz con fétidos olores,  
inéditos, indefinibles,  
más propios del allende que del mundo  
y la boca con los residuos  
de criaturas aplastadas por un trozo de destino

venido abajo.

Por eso casi casi no caminaban.

Eran cabezas envilecidas  
que, en lugar de instalar sus pensamientos en la atmósfera,  
la jalaban y jalaban hasta ubicarla  
al ras del suelo, en la primera capa de polvo.  
Vivían en vecindad con las piedras,  
las raíces, el limo,  
y también con las serpientes  
que, ensartando el temor que sufren  
y el peligro que acarrearán,  
se arrastran sin reposo  
haciendo perpetuas mediciones de terreno.

Sus ilusiones crecían y crecían como surtidores  
que se paraban en el exacto punto  
donde el cansancio hace su nido.  
Sufrían de manera inenarrable.  
Eran pequeños templos donde oficiaba  
la neuralgia. O cualquier otro arácnido  
que aprese las neuronas como insectos.  
Cabezas no cargadas de reflexiones,  
propósitos, quimeras,  
sino de la jaqueca existencial  
que nos define.

Eran, pues, un error.  
Sus fallas de origen  
se confundían con los ademanes  
del demiurgo.  
Pequeños adefesios programados  
por el *Amor* en uno de sus peores  
estados de alma.  
O por alguno de los manotazos hilarantes  
del *Odio*.

Criaturas enjauladas en el redondel  
de sus incapacidades.

**Miopes,  
con miradas amarradas a los ojos,  
como suspiros remendados en la boca  
de la muñeca de trapo.  
Ignoraban cómo podrían escapar de la ley  
aplastante de la gravedad:  
no sabían de escaleras,  
ni de subirse a los árboles,  
ni de bracear a dos manos el delirio  
de conquistar sus alas.  
Inmersos en el prejuicio de la línea horizontal,  
no veían más allá de sus pestañas  
y no podían vislumbrar más que trocitos de estrella,  
migajas de infinito  
o el polvo sideral que dejan a su trote  
los centauros.**

## II

También eran obra de la casualidad  
las *manos* separadas de cuerpo  
que se veían por un lado, por otro  
(como moluscos desechados por el mar)  
tocando, acariciando o apretando  
caracoles,  
escamas de sirena,  
flores perfumadas por su excitación.

Sus gestos,  
sus jeroglíficos de carne,  
recordaban las contracciones  
de la matriz en movimiento  
en la infinita placenta de su origen.  
Formaban una pedacería inútil  
de carne sin sentido. Causaban la misma sensación  
que si de repente nos hallásemos  
con un deshuesadero de deidades.

Algo parecían querer decir  
cuando, ensimismadas,  
conformaban la palabra feroz de su puño.  
Y luego se relajaban,  
abriéndose plenamente,  
sugiriendo que algo  
se les entregara.  
Se dormían en posición fetal  
y de seguro soñaban  
que preferirían ser  
los puntuales mensajeros  
que tienen a mano  
las criaturas de carne y hueso.

**III**

***Ojos* por todos lados,  
en los muros, las hierbas,  
las manos de los ciegos,  
las grietas de las rocas  
o escurriéndose de las ramas de un árbol...  
Por todos lados,  
menos en su lugar natural:  
su nido de sueños y pestañas.  
Ojos casi casi en demasía,  
como si se tratara de un año  
de inesperada cosecha.  
Ojos que parpadeaban y parpadeaba sin cesar  
buscando metamorfosearse en pájaros  
y formar una parvada  
que migrase, con las estaciones,  
en busca de los mejores yacimientos  
de miradas.**

## IV

**Primer boceto de la historia:**

**selva exuberante**

**hecha con manos, cuellos,**

**dientes, cerebros, piernas...**

**Destazamiento**

**de cuerpos preexistentes,**

**obra de un azar**

**enamorado de la retacería fantástica**

**que nacía de sus dedos.**

**Humanidad hecha pedazos.**

**Mundo sin cohesión,**

**sin anhelo de unidad,**

**chorreando sangre,**

**como si hubieran sido descuartizados**

**millones de cuerpos**

**y sus trozos fuesen distribuidos**

**por todos los hemisferios del asco.**

**El *Amor* se enfrentó al azar.**

**Le habló de las manos que se aprietan**

**y construyen orgasmos de juguete,**

**de los besos mensajeros**

**que se envían de despedida,**

**de los cuerpos abrazados**

**que preferirían dar un paso a su fusión**

**que volver a conjugar todas las formas verbales**

**del hallarse solo.**

**Y los miembros desunidos,**

**arrastrados por insólitos impulsos,**

**empezaron a ayuntarse.**

**A partir de una lucha enloquecida de las partes**

**por encontrar refugio en cualquier todo,**

**ya no era difícil hallar brazos**

que tenían pies en sus extremos  
y que intercambiaban caminos  
en lugar de saludos,  
cerebros que cargaban sus pulmones  
-y con ellos la atmósfera completa-  
a la espalda;  
cuerpos con piernas invertidas  
que no permitían a su dueño  
dar el menor paso...

La *Concordia* le hablaba al *azar* por un oído  
y la *Discordia* lo hacía por el otro.  
Y aquél, embrollado, no sabía  
cómo detenerse  
y exonerar al universo mundo  
de la fantasmagórica  
evolución de sus contradicciones.

La tierra quedó convertida  
en un enigmático y descomunal taller  
que hacía y deshacía cosas,  
animales, hombres,  
y hasta dioses a veces:  
deidades monstruosas,  
hechas de material divino entremezclado  
con pasiones humanas,  
que inauguraban el ruido  
con sus vulgares cantos de taberna,  
en vez de pasear las manos por la lira  
a la búsqueda de los arpegios  
con que la perfección  
tiene, por necesidad, que acompañarse.

## V

El poeta bonaerense  
que se empeñó en amueblar un laberinto  
con una biblioteca,  
que logró tomarle el pulso a la eternidad,  
que fue escogido por las musas  
para pronunciar la oración fúnebre  
en las exequias del tiempo,  
y que lanzó fuegos de artificio  
desde los sótanos de la metafísica,  
me lleva de la mano,  
como a Dante su brújula poética,  
por la galería inolvidable  
de su *Zoología fantástica*,  
donde, al final del recorrido, caigo en cuenta  
de que se hallan en su jaula de papel,  
numeradas,  
divididas,  
no pocas de las bestias que el *azar*  
y su par de demiurgos,  
engendraron en la historia natural  
del pensador de Acragas,  
apretadas en su propia grandeza pavorosa,  
puestas a ser por los delirios de la imaginación.

Apredices de brujo,  
al *Amor* y al *Odio*  
la magia se les fue de las manos  
hasta dar,  
en la arcilla de lo posible,  
con el perfil estructural  
de lo monstruoso.

## IV. ANIMALIA

## 1

En la animalia de Empédocles  
hallamos el *urobo*  
que se muerde la cola...  
Enigmática bestia  
que durante muchos años  
-cuando tenía la juventud  
metida hasta los tuétanos-  
fue la persecutora de sí misma,  
tratando de alcanzar, al alcanzarse,  
el ser que,  
pisándole los talones a su fuga,  
buscaba hincar los dientes  
en su cola inasible,  
hasta que un día,  
sorpresiva y milagrosamente,  
se dio alcance,  
devoró el milímetro inconmensurable  
que hasta entonces lo separaba de sí mismo,  
mordió su cola,  
saboreó la eternidad,  
sacó al tiempo por la puerta trasera,  
y el *urobo* fue ganado  
por la geometría.

## 2

**El *squonk* era un animal sorprendente.  
No tenía pestañas de más.  
No tenía un corazón  
que se moviera, péndulo al fin,  
de un lado al otro.  
No tenía una larguísima cola  
que le sirviera, al enrollarse,  
como almohada.  
No se comía las uñas con todo y yemas.  
No cargaba vello púbico  
encima de sus malas intenciones...  
Poseía, en cambio, una piel llena de verrugas y lunares.  
Piel envejecida antes de nacer,  
epidermis de feto anciano,  
escudo contra las mil y una asechanzas  
que lo esperaban en el medio ambiente.  
Pero lo más característico  
del monstruo,  
su huella digital  
o su marca de fábrica,  
es que se trataba del más infeliz  
de los animales  
que han estado en el *aquí* y en el *ahora*  
perseguidos por los cuatro puntos cardinales del desorden.  
Animal desdichado,  
con un morral infinito de suspiros,  
que llora,  
llora sin cesar,  
dejando a su paso  
charcos de lágrimas.  
Animal tristísimo,  
lloraba, moqueaba,  
se deshacía literalmente en llanto.  
Perdía peso,  
corría hacia la flacura más extrema,**

como si buscara usar el bastón  
de sus propios huesos.  
Y proseguía llorando.  
No sabía cómo –y a lo mejor ni lo deseaba-  
detener su corriente  
de grifo acongojado.  
No sabía cómo dar con la breve sequía  
del consuelo. Carajo, no sabía.  
Llora que te llora se la pasaba el día entero  
ensartando su rosario de alaridos.

Al encontrárselo, uno no podía  
dejar de preguntarle:  
¿qué te pasa *squonk*,  
por qué cargas en tus pómulos  
ese deslave de lágrimas?  
El *squonk* estaba presto a respondernos,  
su boca adquiriría de golpe  
el molde exacto de la respuesta,  
pero un nuevo acceso de llanto  
le hacía imposible decir esta boca es mía.

Y qué sentido tiene  
volver a interrogar,  
si el charco de lágrimas  
que deja a su paso sólo refleja, sólo,  
el atribulado rostro de la pregunta.

## 3

La bestia conocida con el nombre  
de la *velue* (la peluda) no predominó en el Medioevo,  
a orillas del Huisne,  
como cree el naturalista argentino  
ganado por la imaginación.  
Su origen es infinitamente más antiguo  
y hasta el mismo sabio reconoce que  
“este animal habría sobrevivido el Diluvio,  
sin haber sido recogido en el arca”.  
Empédocles supo de él  
y atribuyó al *azar*,  
que amasa el mundo ejercitando  
las más disparatadas fantasías,  
la patente de su extrañísimo modelo.  
Lo más inquietante de la *velue*  
no era su figura:  
cabeza y cola de serpiente,  
cuerpo esférico cubierto  
de verde pelaje venenoso  
y patas anchas y torpes de tortuga,  
sino su dieta alimenticia:  
gustaba de devorar seres inocentes  
y en especial doncellas.

La *velue* merodeaba por los pueblos  
a la busca de las vírgenes  
que requería para su satisfacción  
y sobrevivencia.

Puestas sobre aviso,  
las doncellas de los alrededores  
se dieron a perder la virginidad  
lo más pronto posible,  
dejarla en manos del primer requerimiento,  
olvidarse de las exigencias del matrimonio  
y de las argumentaciones vanas del pudor,

**con lo que,  
en una de las paradojas  
más extrañas que sea dable recordar  
la *velue* fungió durante algún tiempo  
como una especie de espeluznante  
Cupido.**

## 4

**Pariente de la zoología fantástica de la humareda,  
hija de los amores que tuvieron un día  
las flamas y el *azar*,  
la *salamandra* se pasa todo el día buscando  
los mendrugos de amhrosía  
que Zeus, el hambre satisfecha,  
tira a veces al fuego.  
Dragón en miniatura  
chapotea en las llamas  
que lo circundan o le surgen de adentro.  
Si el fuego desaparece (porque el agua  
le rompe la mandíbula  
y le tritura los huesos),  
el dragón corre a convertirse  
en el espectro de azufre  
de sólo una leyenda.**

## 5

**El *topo* que, mordisqueando sus alrededores,  
anda bajo tierra  
alimentándose de la más profunda oscuridad,  
sueña con la intemperie  
-por lo menos con el claro de luna-  
y se acurruca en la humedad  
de su propia congoja.  
Es a la tierra  
lo que la salamandra al fuego.  
Y aunque vive enterrado a perpetuidad,  
solamente en los ojos  
se halla muerto.**

## V. PENSAMIENTO Y PEREGRINAJE

### I

El espionaje,  
 el mimetismo,  
 ¿llevaron al *Amor* también a odiar?  
 ¿a gruñir en primavera?  
 La copia,  
 la seducción  
 ¿condujeron al *Desamor*  
 -que veía de reajo  
 el beso colibrí de dos amantes-  
 a preguntarse por el sabor  
 de la ternura?

Lo que el Amor *odió* fue lo disperso:  
 que anduvieran los ojos descarriados,  
 como ojos de la calle,  
 sin saber que las cuencas  
 son su terruño,  
 su nido,  
 su palomar.  
*Odió* de la Discordia  
 la perpetua acción de separar  
 cuantos besos encuentra en su camino,  
 tramar guerras sin cuartel  
 en el cerco de un abrazo  
 o incendiarles el lecho a las parejas.

El Odio se puso a *amar*  
 lo igual o lo idéntico:  
 amó, de la Concordia, su tendencia  
 a brindarle carta abierta a la lujuria,  
 o hacer de la libido  
 la atmósfera en que todos los humanos,

**animales y cosas  
tienen que respirar.  
Las cosas deberían conjuntarse  
para que la espada de Damocles  
-uno de los nombres del destino-  
cayera sobre la unidad, produciéndole  
la hemorragia de sus partes.  
Le fascinó el triunfo de lo homogéneo,  
el vals de los iguales,  
la relación sexual de los distintos  
en el lecho nupcial del mismo género,  
porque en ningún programa  
-ni siquiera en aquel en el que el caos  
se roba la escena-  
el individuo ha de cargar  
colmillos de elefante, carne de áspid,  
desmelenada luz en la cabeza,  
ojos de tiburón, cuello de cisne,  
axilas en que estallan pelos de ángel...**

## II

**La *Discordia* tomó la decisión: destruir a esas criaturas  
que encarnan la blasfemia  
de lo mixto.**

**Y que lo igual, espejo realizado,  
se encuentre con lo igual:**

**que en el caballo,  
todos sus músculos,  
todos,  
sean veloces,  
incansables,  
astillas con relincho  
de caballo.**

**Que en la mujer completa,  
los pezones,  
el ombligo,  
los párpados  
el pubis,  
la dulzura  
estén hechos de briznas  
amorosas,  
maternales,  
concupiscentes.**

**Proclamó que lo híbrido  
-el amor a primera vista  
del agua y el aceite-,  
es un escándalo,  
una perversión,  
un permitir que el mundo  
se incube en una orgía  
de enemigos.**

## III

¿Es dable explicar los guijarros  
 y sus minúsculas esculturas  
 a lo sólido  
 por el agua?  
 ¿El apretado mundo en que vivimos  
 (donde el viento es un ser incorpóreo  
 en plásticas ya muy avanzadas de fusión  
 con lo fantasmal)  
 por el aire?  
 ¿El orgasmo tremebundo  
 del lunes en la noche  
 por la fuga de la chimenea  
 de alguna de sus llamas?  
 ¿Los humanos y su fardo de suspiros  
 por una azarosa mezcla de *raíces*?  
 Hacerlo así es arrojar nuestra  
 propia cabeza a los precipicios de lo disparatado.

Más fácil es dilucidarlo todo  
 por lo igual invisible  
 que por lo desigual aparente.  
 Si pensamos, por contra, que las cosas se hallan integradas  
 por pequeñísimas partículas invisibles  
 de su misma especie,  
 la hipótesis resulta más sencilla,  
 más a la mano,  
 a secreto sorprendido.

...

Un pedazo de piel  
 -digamos un seno-  
 se halla conformado por minúsculos pedacitos de epidermis,

que no son gotas de leche condensada,  
sino microscópicos trocitos de carne  
que, atrayéndose mutuamente, se enlazan unos a otros  
hasta formar esa parte del cuerpo donde se encumbra la libido  
que, en naciendo, saca a la intemperie  
su herencia de blancura.

Otro ejemplo.

En la creación de la hormiga  
tal vez no tuvieron nada que ver –o muy poco-  
los cuatro elementos,  
la cuadriga de principios  
del carruaje filosófico de Empédocles.  
El cuerpo de la hormiga  
no es otra cosa que un hormiguero de pedazuelos invisibles  
de hormiga.

Uno más.

Los elefantes no están hechos de ladrillos de gacela,  
ni las gacelas del pesado material  
de las tortugas,  
sino que se hallan conformados  
de ápices de elefante y briznas de gacela  
y así *ad infinitum*, en el entendido  
de que la infinitud no es sino el pastor inconmensurable  
que conduce a los finitos a pastar.

...

Anaxágoras,  
un visionario nacido en Clazomene,  
le dio un viraje radical  
a las ensoñaciones del agrigentino:  
en vez de las *rizómata* habló de las *spérmata*,  
en lugar de *elementos* se refirió a las *simientes*  
y reemplazó el *Amor* y el *Odio*  
por el *Nous* o la *Inteligencia*.

**Las cosas no nacían y morían**  
**a la brisa bayadera o al soplo huracanado**  
**de la *Amistad* y la *Discordia*,**  
**sino porque una razón**  
**(que no habitaba la cárcel del cuerpo,**  
**sino que vivía**  
**y obraba al aire libre),**  
**disponía que así**  
**discurrieran las cosas**  
**con el enamoramiento de los medios y los fines,**  
**las premisas y las conclusiones**  
**o la pasión incontenible de la causa**  
**por su efecto.**

...

**Las *simientes* de Anaxágoras**  
**–asentólo Aristóteles–**  
**pueden llamarse también *homeomerías***  
**-semillas que se encuentran a la busca**  
**de sus iguales,**  
**como bocas muertas de frío,**  
**como gránulos de lo *homogéneo***  
**que corren a pisarle los talones a lo *homogéneo*.**  
**La reunión de la leche hace la leche,**  
**la del fruto hace el fruto y el frutero,**  
**y la de unas partículas de piedra con otras**  
**forma el pedestal en que reposa**  
**la diferencia con todo lo restante.**

...

**Al concebir los corpúsculos como incorruptibles,**  
**dejados de la mano de la eternidad,**  
**qué cerca de Anaxágoras se hallan los atomistas**  
**y su resistencia a embarcarse en el devenir**  
**por el horror al mareo que se sufre**  
**cuando nuestras neuronas van a la deriva.**  
**(Las *simientes* son,**  
**en la arqueología de las minucias,**

antecedente de los *átomos*,  
 semillas de donde brota  
 el árbol genealógico en que –se creería-  
 sólo fructifican nimiedades,  
 bagatelas,  
 naderías;  
 pero que son –bien lo sabemos-  
 diminutas cajitas de Pandora,  
*Etnas* en miniatura,  
 que esconden y controlan  
 el fragor cataclísmico del caos).

...

Para huir de la náusea metafísica  
 que produce en el ánimo la infinitud pequeña,  
 las *homeomerías*,  
 como los *átomos*,  
 encallaron en lo indivisible,  
 en las partículas eternas e inmarcesibles  
 -como fabricadas  
 en los telares de Elea-  
 que, según dicese,  
 saltan a la vista si se hace una radiografía  
 del tiempo.

Pero Anaxágoras,  
 Leucipo,  
 Demócrito,  
 ¿podrían haber existido sin Empédocles?  
 Éste husmeó en lo vario la explicación de lo múltiple  
 y buscó el secreto,  
 la razón y cuenta  
 de todo,  
 por el lado de lo material,  
 del afuera,  
 del lodo,  
 del fuego,  
 del agua  
 y del encabritado centauro de los aires.

## IV

Empédocles, como filósofo,  
hablaba del universo y de toda su corte  
de conceptos principalísimos,  
sin excluir el ser  
que puede agazaparse en una minucia  
y fingir inexistencia.  
Mas también era médico.  
E igualmente le interesaban los parpadeos de los dioses,  
los eclipses  
y los dolores de cabeza.

El hombre es un animal que tiende,  
por el solo hecho de ser,  
a extraviar la salud.  
Si la *Atracción* le dio vida,  
la *Repulsión* entra en negociaciones  
con toda suerte de demonios y gusanos.  
La enfermedad es un verdugo  
al servicio de la muerte,  
mensajera del *Odio*,  
amante de la corrupción y la parálisis,  
de la sangre coagulada  
y del hálito sin alas.  
Brazo derecho, pues, de la *Discordia*.

La medicina trata de enmendarle la plana a su contraria,  
corregir las faltas de ortografía y de sintaxis  
del organismo,  
no dejar que la epidemia, con sus pies alados,  
conquiste parcelas de geografía  
con todo y habitantes,  
se introduzca en las casas  
por las rendijas de la puerta  
y en los humanos  
por los orificios del descuido.

**La medicina sabe cortar por lo sano  
y sacar el morbo de la jugada.  
Es una forma del *Amor*,  
una plegaria, con los pies en la tierra...**

## V

**Empédocles,  
a semejanza de Aristóteles,  
y a diferencia de Hipócrates y Galeno,  
creía que la inteligencia se acurrucaba en el corazón,  
codo con codo con los afectos,  
en el exacto punto en que una flecha  
-envenenada por su punta-  
lograba despertar el amor  
por la sabiduría.  
Por eso su método era el sollozo,  
sus silogismos plegarias de intachable coherencia  
y su lógica  
abrirse las venas  
para tomarle el pulso  
a su sangre.**

## VI

**Empédocles filósofo  
no sólo se encaramaba en su propio cuerpo  
(hasta llegar a la cumbre de sí mismo,  
a su Etna entrañable)  
para interrogar al cielo, descifrar los enigmas del aire  
o tararear la pitagórica música de las esferas,  
sino, como científico,  
bajaba a la planicie,  
se enjugaba las lágrimas celestes,  
interrogaba a las pedrezuelas,  
y colocaba su oído a ras del suelo  
para escuchar la música de los gusanos.**

## VII

Todo biógrafo de Empédocles sabe  
que sus sandalias,  
tan celosas  
de que las huellas del presente  
no se les fugaran de los pies,  
tenían vida propia:  
el zapatero siracusano que las creara  
había uncido al cuero,  
las cuerdas y los clavos de su manufactura,  
una fuerte dosis de inquietud,  
abierta curiosidad por los polvos de la extranjería,  
un hormigueo,  
un ansia de novedades,  
que rechazaba,  
a más de la parálisis de lo sedentario,  
el enmohecimiento de la brújula.

No es otra la razón,  
no otra,  
por la que,  
después de libar su juventud en Agrigento,  
conocer ahí amistades,  
camposantos de cunas,  
amores,  
miseria humana,  
y perder su riqueza  
por la raída bolsa del desinterés,  
partió a conocer mundo  
y a descifrar la cara oculta de lo ajeno.

Como preguntando se llega a Roma,  
a Grecia y así mismo,  
con su hato de inquisiciones al hombro  
recorrió la orografía de lo diverso,  
respiró el aire perfumado de lo extraño,  
y le brindó a sus retinas

**cursos intensivos  
de paisajes inesperados y sorprendentes.**

**Después de su peregrinaje por Italia meridional,  
el Peloponeso,  
Olimpia,  
Atenas  
y las islas del mar Egeo  
-verdadero periplo por la belleza,  
la cultura, la historia  
y los caminos más brumosos del esoterismo-,  
y tras de su viaje por Crotona,  
Sibaris,  
Elea,  
por toda la Hélade,  
vuelve a Sicilia,  
como hijo pródigo  
que regresa a su terruño,  
valido del hilo de Ariadna  
de su cordón umbilical.  
Torna a su volcán custodio,  
a las desconsoladas manos paternas,  
huérfanas del hijo,  
al regazo donde se acurruca para olvidar su edad  
y redescubrir  
antiquísimas canciones de cuna  
que arropaban sus sueños de niño  
con sábanas de leche.**

## VIII

**Vuelve a Sicilia,  
a sus planicies, sus montañas, su volcán,  
su oxígeno de origen,  
la leche envejecida de su madre,  
los brazos amorosos de un pretérito  
que se torna presente, no viajando  
en la invisible góndola atestada de fantasmas  
del recuerdo,  
sino en el barco de vela de un impulso  
empujado por el hálito intermitente  
de sus pulmones.**

**Se instala en Agrigento  
-o en Acragas, como también se llama-  
y se encuentra nuevamente con los personajes  
que forman parte de sus circunstancias  
de siempre.**

**Son los mismos de los que habla  
el gran Hölderlin  
en *La muerte de Empédocles*.  
Los que forman el repertorio,  
los *dramatis personae*  
de su obra:  
Empédocles, el filósofo.  
Pausanias, su discípulo.  
Hermócrates, sumo pontífice de Agrigento.  
Critias, arconte de Agrigento.  
Pantea, su hija.**

**Lugar: el alma del poeta.  
Tiempo: en vísperas de la locura.**

## V. DE CUERPO PRESENTE

### A. *LOS COLOQUIOS*

#### UNO

**PAUSANIAS:** ¿Por qué dices, mi señor,  
que tu boca debería ser la puerta cerrada de un calabozo?

**EMPÉDOCLES:** Porque siento que los alaridos  
que tienden a salir de mis entrañas,  
no son de este mundo.  
Por fortuna he logrado que la punta de mi lengua,  
prisionera de mis dientes y mi decisión,  
se me transforme a voluntad en un trozo  
de carne enmudecida.

**PAUSANIAS:** ¿Por qué has dicho  
que tienes miradas de dios,  
hoyos negros de pupilas sin fondo  
que ven lo que nosotros,  
los mortales,  
no podemos ver?

**EMPÉDOCLES:** Porque puedo fijar mis ojos en el sol  
sin deslumbrarme,  
sin sentir incendiadas  
las partes más audaces de mi impulso.  
Apolo no doblega mi vista retadora.  
Si hay lágrimas en mis ojos,  
al mirarlo de frente, sólo son mi protección  
-mi agua bendita-